

## II. Piscina

*De cómo hace su casa un topo y de cómo hace un pájaro su nido ya, sin poesía, podemos aprender mucha arquitectura. La solidez de un topo y la fragilidad de un nido son lecciones dignas.*

ALEJANDRO DE LA SOTA

El primer día de verano entregué a mis hijos.

Supe que los perdía cuando vi cómo se marchaban sin pedir permiso, sin despedirse o volver la mirada hacia la casa. Andaban a saltos discontinuos, como pequeños querubines fanfarrones. Su energía se desleía en la energía del grupo con cada paso, como si los niños se engulleran los unos a los otros en su algarabía y juntos, se transformarían en otra cosa.

En el campo, se comportaban de un modo diferente. Se simultaneaban entre sí con una facilidad que nunca mostraban en la plaza del colegio ni en las actividades de deporte de la ciudad, cuando jugaban juntos, por equipos.

Recordaba a alguno de ellos parcialmente, del año anterior. A otros, no les había visto nunca o habían cambiado tanto que no les reconocía. Además de aquella energía agitada, todos compartían una fisonomía parecida, una especie de aceleración relativa que hace que ciertas partes del cuerpo crezcan más rápido que otras,

en grados, volúmenes y direcciones diferentes. Su condición de niños en edad de crecimiento les daba un aspecto asíncrono y desafiante, de criaturas dirigidas a otro tiempo con rapidez. Una especie ascendiente, una generación nueva y sensiblemente mejorada.

Por unos segundos, mientras cerraban la puerta de forja de la valla, sentí recelo de la edad de algunos de ellos. Parecían mucho mayores que los demás. Se movían con el descaro que tienen los más aventajados, las crías más fuertes que acaparan la comida en detrimento de las que han nacido débiles, pero depuse mi miedo aunque estuviera fundado porque el verano no transigía con ninguna preocupación.

El verano era toda la vida o la imposibilidad absoluta de vivir.

El primer día de verano ya podía enumerar una larga lista de peligros, sin dejar de imaginar nuevas amenazas: malas amistades, insectos sedientos, mamíferos con incisivos afilados, perros sin vacunar de la rabia, perímetros vecinales sin vigilar, extraños conduciendo coches viejos, coches abandonados con las ventanillas bajadas, extraños paseando sin una intención clara, campos de cultivo llenos de espectros, un río caudalosos que se había desbordado hacía algunos años, tormentas con *gran aparato eléctrico*.

Éstos y otros peligros derivados se multiplicaban en cualquier estado de semi consciencia. Antes de dormir, inmediatamente después de despertar o en cualquiera de los momentos de abstracción favorecidos por el calor.

En la urbanización, el verano suponía encomendarse a todo lo que existía en la naturaleza, a todo lo que procedía directamente de ella y a cosas que habían derivado de su bondad por vías más tortuosas.

Al verlos alejándose, mezclados con otros niños, a medida que aumentaban su distancia, me costaba comprender cómo mis hijos podían parecerme tan impropios. La imagen rara de unos niños pequeños dejando un hogar cómodo y seguro, diluyéndose en la compañía de sus amigos. Mi extrañeza al comprobar que ya eran otras personas, individuos ajenos en los que bullía la vida sin que yo tuviera que alentarla, con una capacidad clara para la escisión.

Los rosales que había imaginado bordeando el césped, no han crecido demasiado. La sequedad del clima consiente pocas especies de plantas y el césped se agosta en cuanto no se riega un par de días. Mis hijos son seres humanos diferenciados y yo tengo que hacer un esfuerzo más grande del que había previsto para sostener el verdor debido en torno al chalet.

Después de entregarles a su grupo de amigos, vuelvo a sentir los espejos de la casa. ¿En qué momento del día se riegan los rosales? Vuelvo a mirarme en ellos con atención. Dedicando a mi reflejo un tiempo que normalmente ocupan otras personas.

Hay horas en las que apenas se oye nada afuera y empiezo a derivar placer de exactitudes absurdas. Mido con la vista una de las columnas de la valla de los vecinos, un poco más baja que las demás. Desde la ventana de la cocina, mi punto de observación, dibujo la trayectoria que seguirán las madre selvas que han empezado a extender sus tentáculos sobre la valla, son algo más benévolas que las arizónicas de la parcela contigua. Sus ramas aguzadas crecerán de modo incontrolado y quienes las han plantado lo lamentarán. Nada de lo que es nuevo me resulta apacible todavía.

Debo recordar que el mal casi nunca proviene de donde se espera. El mal siempre es otra cosa y la natura-

leza tiene sus propios mecanismos, una inercia natural hacia la vida que imanta todo lo viviente con lo viviente, que atrae su propia continuidad. Lo vivo tiende a perdurar de forma inconsciente y automática.

Junio ya ha solidificado el color del cielo. Los coches pasan a poca velocidad pero sigo sin distinguir quiénes viajan dentro. Me gustaría conocer a esas personas. Pasan el verano a poca distancia de aquí, han construido casas que son similares entre ellas pero también diferentes, casas edificadas cerca de mi casa, en un radio que puede recorrerse a pie en menos de una hora.

ooooo

Un desconocido que hace demasiadas preguntas para evitar hablar de sí mismo me estrecha la mano efusivamente. Tengo que escurrir mis dedos entre los suyos con cierta habilidad para que los suelte. Pregunta qué estudié en la universidad para luego reprocharme que no tenga un trabajo, lo hace con una especie de broma pero él nunca me echaría en cara que haya contratado funciones que tradicionalmente hubieran recaído sobre mí. Las responsabilidades de una niñera o las labores de una empleada del hogar. Una licencia moral que suelen tomarse otras mujeres. Critican que pague a una extraña por hacer trabajos que deberían confundirse con el amor.

Pero los movimientos de las manos de esas extrañas nunca me parecen gestos de usurpación, ni cuando alisan las sábanas de la cama ni cuando comen a solas, en la cocina, ni siquiera cuando les regalan a mi hijos unas palabras amables o un abrazo.